

LA MUJER ESCRITORA EN EL SIGLO XVI FRANCÉS

CRISTINA BADÍA CUBAS
Universidad de La Laguna

LA HISTORIA de Francia del siglo XVI se caracteriza, desde el punto de vista político, por dos grandes acontecimientos. Por una parte, las llamadas «guerras de religión», que asociadas al movimiento de la Reforma, revolución llegada de Alemania, desequilibrarán en cierta medida las bases de la influyente iglesia católica, cuyo poder estaba representado en Francia por la Sorbona, la cual seguía anclada en el pasado y sin ánimos de evolucionar. Por otra parte, «las guerras de expansión» que mantenía Francia con el país vecino, Italia, cuna del movimiento humanista y renacentista que, poco a poco, irá penetrando en la sociedad francesa. Los italianos, a la vanguardia de este movimiento cultural, tuvieron la idea de resucitar en el siglo XIV la antigüedad clásica, de hacer revivir una civilización espléndida tras el largo periodo de la Edad Media.

Así pues desde el siglo XIV, surge en Italia el Renacimiento y según palabras de Dominique Fernandez¹ cuando el resto de Europa se encontraba en tinieblas, momento en el que el hombre renacentista, aún muy impregnado por el cristianismo, decide que era el momento de cambiar la filosofía de vida, cambiar el eje del pensamiento vigente hasta entonces, sustituir el centro del mundo, destronar a Dios en provecho del hombre, sustituir el teocentrismo por el antropocentrismo.

El hombre pasa a ser la medida de todas las cosas, desatándose una verdadera revolución en el terreno de las artes plásticas, la pintura y la escultura. Y vemos que este redescubrimiento, si se nos permite el término, propiciaba el reencuentro y la aceptación plena del cuerpo humano, el desnudo, el color de la piel, incluso, el esplendor de los órganos sexuales, todo lo que en la Edad Media se había ocultado o disimulado comienza ahora a desvelar su hermosura. El legado medieval trasluce la ignorancia o cuando menos el conocimiento erróneo que se tenía del cuerpo humano si bien la fisiología masculina era más conocida que la femenina.

En este contexto la mujer, como cuerpo y entidad moral estaba considerada como un ser imperfecto, no sólo desde el punto de vista físico sino intelectual. Algunos tratados de medicina de la Edad Media, por ejemplo, mantenían la idea de que los órganos genitales femeninos no se diferenciaban de los masculinos en nada, salvo en su localización y distribución, pues estaban al revés.

En este sentido el panorama no variará mucho pues en el siglo XVI, aunque algunos investigadores den una visión más real respecto al cuerpo femenino, éste seguirá siendo en parte desconocido y menospreciado. Las reflexiones del célebre médico anatomista Ambroise Paré son prueba de esta marcada misoginia, no dudando en considerar la matriz de la mujer como una prueba de su inferioridad puesto que, y recogemos sus palabras: «Car ce que l'homme a au dehors, la femme l'a aux dedans, tant par la providence de la nature, que l'imbecillité d'icelle, qui n'a pas pu expeller et jeter dehors les dites parties comme l'homme»². Y añade en referencia a los órganos sexuales femeninos que hacen a la mujer «fort difformes et honteuses, vues nues»³.

A pesar de este tipo de afirmaciones, con el Renacimiento se llega a la conclusión de que ambos sexos son igualmente indispensables para la conservación de la especie. La nueva idea de la fisiología femenina modifica en parte la concepción moral. Pero esta concepción, común a los médicos y personas cultivadas, formados en el Renacimiento, no conlleva la abolición de los prejuicios anti-feministas.

Con un siglo de retraso el Renacimiento se extiende por Francia y de acuerdo con el carácter de este país este movimiento se hace más patente en la literatura que en las artes plásticas, en ambos casos siempre centrado en el hombre, en la rehabilitación y glorificación del ser humano. Como indica Dominique Fernandez⁴, si el cuerpo humano había resucitado en Italia, en Francia resucitará la poesía de amor.

El Renacimiento pretendía cambiar todo, no sólo propugnaba un cambio en la filosofía de vida sino también en la organización de los estudios y, por supuesto, en la situación del escritor. Nunca antes el autor había aspirado a la gloria poética, anhelo no siempre comprendido y reconocido. La literatura comienza a reivindicar su lugar reclamando una dignidad que antes era ocupada por la teología.

Según Mandrou⁵, el Renacimiento marca un cambio en la actitud del público con respecto a los intelectuales, los cuales gozan entonces de una audiencia nue-

1. *Dictionnaire de la Renaissance*, Encyclopaedia Universalis, París, 1998 p. 5.

2. M. Albistur y D. Armogathe, *Histoire du féminisme français*. París, Ed. Des Femmes, 1977, p. 72.

3. *Ibidem*.

4. *Op. cit.* p. 5.

5. D. Menager, *Introduction à la vie littéraire du xv^e siècle*, París, Ed. Bordas, 1968, p. 25.

va. Los franceses que hasta ese momento se interesaban escasamente por la literatura se enfrentan a ella con mayor interés. Los poetas franceses, con carentes ambiciones de gloria hasta ese momento, desean ahora que se les reconozca su vocación, pero sus vidas estaban llenas de dificultades cotidianas, lo cual les impedía una dedicación plena a las tareas literarias. Tanto en el caso de escritores que, aún perteneciendo a la nobleza, no disponían de la suficiente solvencia económica, como ocurre con la mayor parte de los miembros de la Pléiade, tanto en el caso de los plebeyos y aquí contemplamos a los escritores de la llamada «*école des réthoriciens*», todos ellos conocieron, por esta razón grandes inconvenientes para llevar a cabo su tarea. Su máxima aspiración era acceder a los beneficios eclesiásticos, ocupar una abadía, un priorato, un curato que les asegurase una existencia digna, que les permitiese consagrarse con total independencia a la poesía. Cuando esta vía no era factible aún quedaba la posibilidad de realizar sus tareas en la corte.

Todo escritor o poeta que no pudiera acceder a la carrera eclesiástica habría intentado forjar allí su futuro, donde se procuraría un mecenas, y así conquistar el honor, alimento de las artes. Así pues, bajo el influjo renacentista italiano este entorno se presenta como un reclamo. En este momento surge la figura del cortesano profesional que poco a poco se irá apartando de la concepción inicial persiguiendo el ideal del «*honnête-homme*», arquetipo del siglo XVII, caracterizado por su espíritu abierto, receptivo y discreto, un ser ávido de experiencias: Las cualidades morales comienzan a ser tan importantes como las intelectuales.

En Francia, en el siglo XVI, se desarrolla un especial interés por las reuniones privadas en casa de algún noble o persona influyente de reconocido prestigio, donde los temas principales de conversación eran la filosofía, la literatura, las artes y las ciencias. El refinamiento que ya existía en la Edad Media recobra todo su vigor bajo el influjo de este movimiento. En París y en ciudades prestigiosas, como Lyon, comienzan a florecer los salones, siendo éstos más literarios que aquellos que proliferaron posteriormente en el siglo XVIII, puesto que en los del Renacimiento existía una mayor curiosidad de espíritu. Cuando estas reuniones se convertían en centros de debate de temas más serios —filosóficos por lo general— aparecieron entonces las Academias, como reacción contra la enseñanza oficial en donde se intenta no sólo despertar y desarrollar la libertad de expresión sino también fomentar el espíritu crítico. Estas Academias, vehículos de cultura, se convirtieron así en verdaderas instituciones donde se debatía entorno a la filosofía natural y moral, así como sobre las ciencias y las artes.

En este entorno social, se ha ido consolidando de forma paralela el humanismo y el desarrollo del libro impreso, siendo éste un factor de progreso en la difusión del saber. En los siglos precedentes, los autores y clérigos habían invertido mucho tiempo en el estudio y posterior análisis de manuscritos griegos y latinos, la erudición en estos campos había alcanzado cotas elevadas, no obstante el Renacimiento sigue encontrando en estos temas una fuente inagotable y continúan

estudiándose todos ellos con mayor entusiasmo si cabe. En esta época, los libros ya eran numerosos y las importantes bibliotecas —creadas en su mayoría en el siglo xv— abrían sus puertas a los filólogos. Este fenómeno marca la decadencia de las Universidades, que hasta el momento ejercían el poder y control de la educación, puesto que no todos los textos eran objeto de estudio, la Sorbona especificaba cuando, como y qué escritos eran estudiados o analizados e incluso que traducciones se realizaban, mostrando una especial reticencia al estudio de las Sagradas Escrituras las cuales estaban sometidas a un control estricto por parte del poder religioso.

Merece ser destacada la presencia de los autores en los talleres de imprenta, corrigiendo las pruebas y supervisando la impresión de sus obras. La difusión de los primeros textos no sólo se refiere a los relacionados con la antigüedad clásica, griega y latina, sino también a la difusión de textos de humanistas célebres como los de Erasmo de Rotterdam, o Rabelais entre otros.

Podemos constatar que cada vez son más numerosos los humanistas franceses que utilizan su lengua materna, todos ellos animados por el rey Francisco I quién promulgó, en 1539, la ordenanza de Villers-Cotterêts, por la cual se imponía el uso del francés como lengua oficial. Esta circunstancia justifica la aparición de infinidad de traducciones, aunque este hecho contase con la actitud reticente de los miembros de la Pléiade.

La imprenta fue también el vehículo transmisor de las nuevas ideas del movimiento de la Reforma que se sirvió de ella para dar a conocer sus panfletos, convirtiéndola así en un instrumento de actividad política y jugando un importante papel en la propagación de sus ideas.

El siglo xvi, desde el punto de vista intelectual, se caracteriza por la renovación renacentista, el influjo humanista italiano y el creciente gusto por la literatura y las bellas artes en general.

En este contexto socio-histórico nos preguntamos ¿qué papel jugaba la mujer en el seno de esta sociedad en plena transformación?

Ya sabemos que en la Edad Media no ocupaba un papel relevante. Se la consideraba esposa, amiga, amante, madre y confidente, el refugio que encontraba el hombre y en el que compensaba sus fracasos de la vida cotidiana. Era como manifiesta Claude Mettra⁶, «Incarnation de la passion ainsi que la firent naître peu à peu les romans courtois [...] incarnation de la foi où elle sert de modèle et d'archetype aux vierges folles et sages qui enchantent les portails des cathédrales». Por lo tanto las virtudes principales de la mujer eran su modestia, prudencia, resignación y sobretodo destacaba la cualidad de saber permanecer calladas. Estas actitudes tradicionales con respecto al papel de la mujer dificultaban el camino de

6. *Histoire Mondiale de la femme*, París, 1966, vol. II p. 306.

aquellas que intentaban buscar oportunidades profesionales que ofrecía el mundo de la corte y para aquellas que buscaban una gratificación intelectual.

Hasta ese momento sólo había sido tenida en cuenta la opinión de los hombres. Con la llegada del Renacimiento surge el auge de obras femeninas que va a permitir si no el desarrollo de una «conciencia feminista», tal y como es entendida hoy en día, al menos el reconocimiento de ciertas protestas y reivindicaciones en contraposición al discurso de los hombres.

No obstante, si nos remontamos a los siglos XII y XIII ya existían voces discordantes respecto a este tema —sea el caso de los partidarios y detractores en la famosa «Querelle des femmes»—. A pesar de este debate, la tendencia sin embargo es la de una profunda misoginia, como se pone de manifiesto en la literatura popular especialmente en todos los géneros breves medievales como la *farce*, el *conte*, la *nouvelle* o los *fabliaux*, llegando incluso a ser el tema predilecto en todos ellos. También en la literatura cortés el tema central era la idealización de la mujer, ello no implicó tampoco la emancipación de ésta como tal.

Un ejemplo de este debate se ve claramente en la actitud de los dos autores del *Roman de la Rose*, poema alegórico medieval. El primero Guillaume de Lorris exalta el «*ars amandi*» y hace una apología del amor cortés y el segundo Jean de Meun continua la alegoría dentro del mismo marco, si bien introduce personajes nuevos, pero se acentúa la misoginia medieval, cuestionada implacablemente por Christine de Pisan años más tarde.

En respuesta a estas acusaciones dirigidas contra el sexo femenino, esta poetisa de origen italiano pero de lengua francesa, intenta rehabilitar a la mujer. Es la primera vez que una escritora toma partido en un debate de historia literaria en Francia. Sus tesis quedarán plasmadas en su obra *La Cité des Dames*, en la que condensa lo esencial de sus presupuestos feministas. Christine de Pisan podría ser definida como la primera feminista, en el sentido más moderno y actual del término. Fue la primera poetisa que vivió de su trabajo, que adquirió independencia económica y que consagró la mayor parte de su tiempo a la restitución del sexo femenino. Intentó acabar con la misoginia medieval, siendo la primera mujer en abordar el tema de la igualdad entre los dos sexos. Para ella la segregación entre ambos tiene su origen en el hecho social y no tiene nada que ver la condición física de las personas. Por todo ello se le puede considerar como la primera mujer emancipada de la historia del feminismo francés.

No podemos dejar de mencionar en esta tradición misógina de la sociedad medieval *Les Quinzes joies du mariage*, un conjunto de cuentos, posiblemente de finales del siglo XIV, en los que se evoca diversas escenas de la vida de una pareja y los problemas que la convivencia suscita. El tema es tradicional puesto que una serie de escritos antiguos y medievales habían denunciado el matrimonio como una especie de trampa. Es inútil intentar establecer un estudio psicológico del carácter femenino en esta obra, ya que la mujer se nos presenta como un ser demoníaco. Ella ha sido siempre la causa de todos los vicios y males, representaba

el poder de la carne, pero esta concepción no es nueva, ya en la literatura antigua se tenía la misma ideología, citemos por ejemplo a Juvenal y sus *Sátiras*⁷.

Por otra parte en esta descripción que se nos ofrece, sobre las relaciones entre marido y mujer, en las *Quinze joies du mariage*, se puede hacer abstracción del sexo. La situación enfrenta a un hombre, investido de una absoluta autoridad gracias a la tradición y el matrimonio, y a una mujer que debiendo estar estatutariamente subordinada a él, intenta ejercer el poder. Esta obra, que en principio se nos presenta como un retrato de la vida cotidiana, no hace sino demostrarnos la mentalidad misógina de la sociedad.

Así pues, la pugna se canalizaba a través del discurso literario y continuará hasta bien avanzado el siglo XVI. El antifeminismo que existía en la Edad Media se incrementa considerablemente a lo largo del Renacimiento. A ello debemos añadir el auge y posterior desarrollo del espíritu burgués que tiende a imponer una concepción muy estricta acerca del papel de la mujer en el ambiente no sólo familiar sino social.

Por consiguiente la llamada «*Querelle des femmes*» tuvo el mérito de poner en tela de juicio algunos de los derechos y deberes de la mujer, no sólo de la vida conyugal sino también de la vida familiar y cultural.

Así pues, nacido de este antifeminismo literario, de esta hostilidad hacia el matrimonio, alimentado en las fuentes del «*roman courtois*», este feminismo que renace podríamos calificarlo como un feminismo literario en el que las reivindicaciones que se proponían estaban restringidas a las clases sociales privilegiadas.

La llegada del movimiento renacentista y humanista aportaba la esperanza de un mundo nuevo, una sociedad con ganas de rejuvenecer y abierta a las influencias más diversas. En principio se tendía a creer que el papel de la mujer ocuparía un lugar preponderante en esta renovación. De este modo, surgen tanto en Italia como en Francia, mujeres relevantes, si bien es cierto que aquellas que tienen más posibilidades son las que gozan de una posición social privilegiada, a las que se les permitía unirse al movimiento intelectual. Es así como se justifica de alguna forma la llegada a la corte de un estilo propio: la mujer no sólo gozaba de cierta influencia política sino que añadía un prestigio intelectual desconocido prácticamente hasta ese momento.

Las mujeres no se contentaban únicamente animando estas reuniones con su presencia y comienzan a interesarse en parcelas hasta ahora prohibidas, tales como el estudio de las bellas artes y la literatura. Dado que eran conscientes que existía un cierto desequilibrio entre la cultura de los hombres y la de ellas mismas, precizan una especie de democratización de la cultura, sin embargo, para el resto de las mujeres, aquellas que no podían acceder a estos círculos —que por otra parte

7. En concreto la sátira VI en la que intenta dar una imagen de las mujeres romanas, visión totalmente misógina.

eran la gran mayoría— permanecían vinculadas a los modelos de comportamiento medieval, en la casi absoluta ignorancia.

Por ello una de las particularidades del siglo XVI es el desarrollo de la literatura femenina. Teniendo en cuenta que todo el discurso femenino no es necesariamente feminista, puede ser interesante al menos como las mujeres escritoras toman posición con respecto a este tema.

El lenguaje utilizado es el mismo o similar tanto si se trata de una gran aristócrata como es el caso de Marguerite de Navarre como si se refiere a mujeres que pertenecen a la burguesía como es el caso de Madame Des Roches, Louise Labé, Pernette du Guillet, por ejemplo. Para Maulde la Clavière, las mujeres del Renacimiento «ne soulèvent aucun pavé; elles n'affichent rien, elles ne lancent aucune déclaration des Droits de la femme. Bien que les lois ne les soient pas généralement favorables, elles ne réclament aucun amendement aux lois»⁸.

Sin embargo, una de las reivindicaciones que formulaban claramente era la sana aspiración a la vida intelectual, el derecho al estudio, a una formación. El acceso a la cultura estaba reconocido de pleno derecho a las princesas y mujeres de posición social elevada, pero no estaba admitido para todos los estamentos sociales. Este derecho de las mujeres, a la misma formación intelectual que los hombres, estaba muy lejos de ser admitido, si bien las mujeres escritoras así lo exigían desde el primer tercio del siglo XVI, unido a la aspiración de la creación literaria.

Vamos a detenernos en los ejemplos de Marguerite de Navarre y Louise Labé.

La primera de ellas es la más célebre de las mujeres de letras del Renacimiento, tuvo una formación sólida, aprendió latín e italiano y algo de griego. Su asombrosa personalidad brilló a lo largo del siglo XVI en la corte de Francisco I, cuando su hermano accedió al trono se convirtió en la verdadera reina de Francia. Animaba la vida mundana e intelectual en París, Fontainebleau, Val de Loire, fue protectora de escritores como Marot y Rabelais, de algunos autores pertenecientes a la corriente neolatina como Des Periers e incluso de algunos que intentaban, desde su posición de protestantes, reformar la vida religiosa como es el caso de Lefèvre d'Étaples, Briçonnet, Roussel entre otros.

Marguerite de Navarre escribió mucho, para algunos incluso demasiado, pero la obra a través de la cual alcanzó su máximo prestigio fue el *Heptaméron*, compendio de setenta y dos cuentos en el que ella pretendía escribir el *Decamerón* francés, pero le faltó tiempo para concluirla. Boccaccio no es para ella sino un modelo de técnica narrativa. Su obra es original por primera vez la «nouvelle» deja de ser cómica y los elementos trágicos ocupan su lugar desde el principio del libro. Su técnica es inferior a su pensamiento, y principalmente lo que pretende es instruir más que gustar.

8. Cf. *Histoire du féminisme français*, p. 76.

En cuanto a su concepción de la mujer en el ámbito social no debemos olvidar que tiene una conciencia de clases muy marcada y no pretende cuestionar los fundamentos de la superioridad natural de los hombres en la sociedad. Incluso llega a admitir que la mujer es más débil, no sólo en el plano intelectual sino en el físico, pero como afirman Maïte Albistur y Daniel Armogathe⁹ «Elle veut arracher aux mâles leur masque d'hypocrisie principalement en matière sentimentale et sexuelle». No admite que la infidelidad femenina sea castigada y sin embargo la de los hombres se mire con cierta complacencia. Asimismo, defiende a las mujeres contra las generalizaciones abusivas, puesto que sólo contribuyen a manchar su dignidad. Intenta por todos los medios reintegrar a la mujer en la esfera de dignidad, reservada hasta ese momento a los hombres. Pero lo más importante es que se muestra convencida de que las mujeres son tan capaces como el hombre de sentir el amor. El *Heptameron* es una muestra de ello.

Ciertamente Marguerite de Navarre aparece ya ante sus contemporáneos como el símbolo del desarrollo de las letras francesas del Renacimiento, pues desde su posición privilegiada intenta abrir una nueva vía en este panorama literario.

En el caso de Louise Labé las circunstancias que coexisten son totalmente diferentes. Ella no pertenece a una clase privilegiada, pero sí juega un papel importante su lugar de nacimiento: Lyon.

Esta ciudad alcanza su máximo esplendor en el siglo XVI. Era la encrucijada de caminos, lugar de intercambios no sólo económicos sino sociales, el favor real le había dado un nuevo impulso al comercio y desde el punto de vista militar gozó de una posición geográfica privilegiada durante el periodo de las guerras con Italia. Los artesanos llegados del extranjero disfrutaban de la región, la imprenta se encontraba en plena expansión: Se editaban no sólo textos en italiano y español, sino también en francés y latín. La ventaja de la que gozaba Lyon con respecto a París era la ausencia de Parlamento y Universidad, es decir, la encarnación real del poder político y religioso respectivamente. Disponía de una cultura local sólidamente establecida y la proximidad geográfica con Italia facilitaba la penetración de ideas del Renacimiento en una ciudad con un alto porcentaje de población de origen italiano, donde numerosos sabios y personalidades pasaban temporadas y allí hacían imprimir sus obras, dejando en todas ellas el sello del Renacimiento lionés.

Los humanistas de vanguardia huían de centros menos tolerantes y se desplazaban en busca de un empleo más satisfactorio y se convertían en correctores, en los talleres de imprenta, o bien preceptores, soñando realizar en cualquier momento un viaje a la cuna del Renacimiento: Italia.

9. Op. cit. p. 107.

Lyon no fue una ciudad hermética, mantenía excelentes relaciones con los pueblos y ciudades de la misma región como Carpentras, Avignon, Vienne, Valence. Si bien carecía de Universidades ese espacio estaba ocupado por el Colegio de la Trinidad, fundado en 1527, y cuyo director Barthélemy Anneau fue un humanista y escritor lionés que logró agrupar a hombres de una gran valía, al mismo tiempo que intentaba introducir una pedagogía más actual.

De esta forma en Lyon hacia el año 1530, reinaba una actividad intelectual intensa cuya figura principal fue Maurice Scève, poeta oficial que escribió *Délie, objet de la plus haute vertu*, o el retrato de la mujer amada según el modelo platónico. Délie encarna un personaje real, Pernette du Guillet, que pertenecía a la burguesía lionesa y que llegó a escribir un libro *Rimes* publicado a título póstumo pero que era conocido en los círculos literarios lioneses. En estas rimas Pernette du Guillet nos demuestra sus conocimientos de literatura y poesía italiana, en ellas canta su amor en un tono neoplatónico, un estilo menos denso que el de Scève.

En el seno de esta sociedad lionesa surge la figura de Louise Labé, que intenta ocupar un lugar prioritario y, como Pernette du Guillet, se aplica a la sana tarea del culto intelectual y la creación literaria. Esta poetisa del grupo de Lyon supo encontrar su lugar en la historia de la literatura francesa. El camino no resultó fácil si bien su educación fue privilegiada puesto que no todas las mujeres de su época podían acceder a los estudios. Huérfana de madre desde temprana edad, consagró su tiempo libre a formarse no sólo exterior sino interiormente. Publicó en 1555 sus obras que se componen de un *Débat de Folie et D'Amour*, tres elegías y 24 sonetos todo ello precedido de una epístola dedicatoria a Mlle. Clémence de Bourges, mujer que gozaba de un reconocido prestigio en el seno de la sociedad lionesa y que le sirvió de guía para introducir su obra en los círculos literarios más distinguidos. Todo este escrito se nos presenta como un verdadero manifiesto cultural y feminista, si bien hay que destacar que no se aprecia un especial resentimiento hacia el sexo opuesto. Ella propone una sociedad en la que convivan hombres y mujeres, reunidos en la causa común de la defensa de la cultura y placeres intelectuales, al mismo tiempo que anima a las mujeres a participar en esta tarea, dado que, según sus propias palabras, «Étant le temps venu, Mademoiselle, que les sevères lois des hommes n'empêchent plus les femmes de s'appliquer aux sciences et disciplines»¹⁰ e incluso anima a otras mujeres no sólo a seguir este camino sino que les incita a poner por escrito sus reflexiones «Et si quelcune parvient en tel degré, que de pouvoir mettre ses conceptions par écrit le faire soigneusement et non dédaigner la gloire».

10. Las citas correspondientes a la obra de Louise Labé están extraídas del libro de Fernand Zamaron *Louise Labé, Dame de franchise*, Ed. Nizet, 1968, en el que incluye su obra completa.

Invita a las mujeres a contribuir a este logro, no sólo para pertenecer a esta élite literaria sino para que también encuentren en esa tarea un logro de realización personal.

Una nueva ilusión que aporta el Renacimiento a las mujeres escritoras es la posibilidad de publicar sus escritos; incluso hay datos que indican que en esta época aumenta un 20% la presencia de mujeres que escriben en relación con aquellas que así lo hacían en la Edad Media. Si bien este porcentaje no es muy elevado si resulta cuanto menos alentador, pues supone un crecimiento considerable con respecto a épocas anteriores.

Louise Labé continúa ensalzando, en su carta, las ventajas de dedicarse a una tarea como ésta, pero también nos habla del compromiso que se adquiere con la sociedad desde el momento en que se deja su testimonio por escrito. Hay que ser consecuentes con las opiniones vertidas en un momento puesto que dejamos traslucir en ellas algo de nuestra propia intimidad.

La autora se nos revela como una mujer más próxima a nuestro siglo, se defiende en este magnífico escrito contra las críticas que en un momento recibió por parte de aquellos que eran más conservadores, tratándola en algunos casos de *plebeia meretrix*.

En este clima no nos debe extrañar que la mujer haya tenido el sentimiento de transgresión cuando opta por dedicarse a la escritura. Como afirma Colette H. Winn¹¹ desde su origen la obra femenina se mira sobre ella misma, se toma como objeto del propio discurso. De ahí que las formas literarias preferidas de la época sean la apología, la protesta, la apelación, la confesión o acusación y otras muchas que ayuden a esclarecer su posición como mujeres escritoras en el Renacimiento.

Para finalizar esta breve reflexión, podemos asegurar que el Renacimiento francés supuso una renovación, si bien no todas las mujeres tuvieron acceso a esta posibilidad, aquellas que así lo hicieron reivindicaron, como Marguerite de Navarre o Louise Labé, su legítimo derecho a aspirar a una formación completa —en igualdad de condiciones que los hombres— a su participación en la vida literaria de la época e incluso a la publicación de sus obras si así lo estimaban oportuno.

Resulta por lo tanto lógico que casi todas las mujeres escritoras intentaran justificar de alguna forma sus escritos en los prefacios de sus obras o bien escogieran a una persona que les sirviera de guía, vínculo de unión entre el autor y los círculos literarios.

La realidad muestra que gran parte de estas obras de autores femeninos, referidos a este siglo, quedaron como manuscritos o fueron publicados posteriormente, incluso algunos debieron esperar siglos.

11. «La femme écrivain au XVI^{ème} siècle. Écriture et transgression», *Poétique* núm. 84, 1990, p. 436.

A estas reivindicaciones hay que añadir otras quizás más relevantes que se desprenden de la lectura de las obras de estas escritoras, tales como los derechos de la mujer a expresar sus sentimientos, los derechos a la vida más íntima. Se trata de intentar, desde una posición privilegiada, la liberación de la mujer que tardaría muchos años en llegar.

Bibliografía

- ALBISTUR, M. y ARMOGATHE, D. *Histoire du féminisme français*. París, Ed. Des Femmes, 1977.
- ANDERSON, B. y ZINSSER, J. *Historia de las mujeres; Una historia propia*. Ed. Crítica, Barcelona, 1991.
- Dictionnaire de la Renaissance, *Encyclopaedia Universalis*, París, 1998.
- JUVENAL, *Sátiras*, Alma mater, C.S.I.C. Madrid, 1996.
- MENAGER, D. *Introduction à la vie littéraire du XVI^{ème} siècle*, París, Ed. Bordas, 1968.
- GRIMAL, PIERRE, *Histoire Mondiale de la femme*. París, 1966.
- WINN, COLETTE H. «La femme écrivain au XVI^{ème} siècle. Écriture et transgression». *Poétique* núm. 84, 1990.
- ZAMARON, FERNAND, *Louise Labé, Dame de franchise*, Ed. Nizet, 1968.